

CULTURA Y AGRI-CULTURA

Cuando se es extremeño de nacimiento y en ejercicio, no por oportunismo o comodidad, se conoce y vive nuestra problemática real y se defienden nuestros intereses generales por sistema. Ello requiere distinguir los problemas estructurales de los coyunturales y establecer un orden de prioridades objetivas en consonancia con las disponibilidades humanas y efectivas desde las que darle el debido enfoque y posterior solución.

En líneas generales, sin descender a la casuística o pormenorizar, dos son los ejes sobre los que se apoya salir de nuestro actual subdesarrollo: CULTURA Y AGRI-CULTURA. Ambas implican cultivo de la persona y de nuestra bendita tierra que a todos nos acusa en mayor o menor proporción.

Por razones obvias me ceñiré al primero, no sin dejar de hacer alusión de pasada al segundo, como Diputado de la Comarca de Coria en la década de los sesenta, cuando se me aprobó por unanimidad en la Corporación Provincial una moción sobre industrialización agropecuaria y forestal, convencido de que es ahí donde radica buena parte de nuestro despegue socio-económico y el más potente freno a la sangrante emigración que nos tiene tantas familias rotas y explotadas en otras latitudes. Moción recogida en síntesis en nuestro diario "Hoy" y atacada piratescamente por el entonces delegado de sindicatos con mi fulminante réplica.

Es cierto que siempre que hablamos de cultura surge la duda razonable sobre su catalogación de elitista y en nuestro singular caso extremeño también el dicho "primero vivir, después filosofar". Claro que se trata de una acepción muy parcial de esta palabra que suele ceñirse a los dos extremos de intelectual o populachera. Aquí como dice nuestro rico refranero en el Centro está la virtud y es en el término medio desde el que debe ser contemplada: Cultura Popular.

Cultura es el cultivo de las facultades humanas para dominar la condición material en que se nace y se vive; para moldear el ambiente en que uno se desarrolla y no a la inversa; para la mejor adaptación al medio na-

tural en que transcurre nuestra vida en común. Fíjate paisano, la enorme importancia que para nosotros tiene este concepto cualitativo de cultura popular desde el que asumir nuestras auténticas raíces; descubrir nuestras tradiciones, costumbres, folklore y origen; superar cercos individualistas y provincianos que se traducen en secuelas negativas.

Sólo desde un desarrollo cultural, generalizado podremos alcanzar con el tiempo la verdadera integración extremeña, que desde una confabulación secular exterior se han encargado de distanciar o que no exista como he resaltado en mis últimos artículos sobre nuestra Autonomía desde la Igualdad y el Sosiego.

Los factores básicos que influyen en la formación de una Cultura Autoctona, junto al lingüístico que les acompaña, son en síntesis cuatro: La raza o factor genético. El medio ambiente o factor geográfico. La ocupación o factor económico. Y el pensamiento o factor psicológico del que arrancan las tradiciones sociales, su transmisión y su conversión en patrimonio común. Sólo hago su enunciado para que medites sobre ellos.

Cultura en suma es un elemento vivo y dinámico ligado a las evoluciones y cambios que la vida impone en el devenir humano; es una lucha constante con sus repercusiones fundamentales en la calidad de vida; es una necesidad de primer orden o bien en sí mismo desde el que saborear nuestra existencia y conocer la Verdad desde cuyo descubrimiento se alcanza la auténtica libertad y hasta la solidaridad.

Conjugar y despejar este binomio Cultura-Agricultura; simultanear su puesta en práctica; coordinar esfuerzos los extremeños de la presencia y de la ausencia será nuestro gran acierto y la respuesta al resto de la presente década para salir de la Extremadura de la queja y del lamento a la del Trabajo, la Solidaridad y la Autosuficiencia.

JOAQUIN HURTADO SIMON.

MEMORIAL AL REY DE UNA PROVINCIA SIEMPRE AGRAVIADA

100 PTS



S. M. Juan Carlos I, rey de España
MADRID

Majestad:

En vuestro discurso de coronación, gracias al cual lograríais que una gran parte de España, que se soñaba o que se temía republicana, amaneciera fervientemente monárquica, dijisteis cosas tan hermosas como éstas:

«Que nadie tema que su causa sea olvidada; que nadie espere una ventaja o un privilegio...»

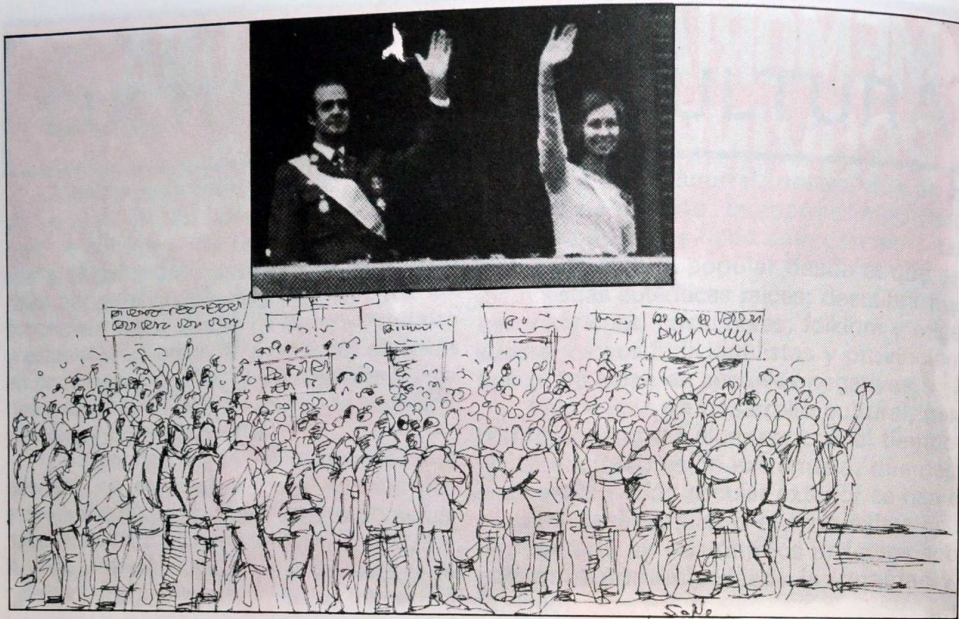
«Soy plenamente consciente de que un gran pueblo como el nuestro, en pleno período de desarrollo cultural, de cambio generacional y de crecimiento material

pide perfeccionamientos profundos. Escuchar, canalizar y estimular estas demandas es para mí un deber que acepto con decisión».

«El Rey quiere serlo de todos a un tiempo y de cada uno en su cultura, en su historia y en su tradición».

«La Corona entiende, también, como deber fundamental el reconocimiento de los derechos sociales y económicos, cuyo fin es asegurar a todos los españoles las condiciones de carácter material que los permitan el efectivo ejercicio de todas sus libertades».

«Por lo tanto, hoy, queremos proclamar que no queremos ni un español sin trabajo, ni un trabajo que no permita a quien lo ejerce mantener con dignidad su



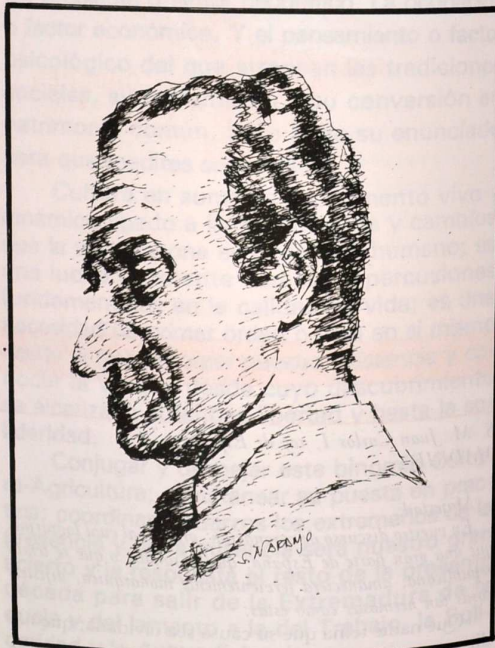
vida personal y familiar, con acceso a los bienes de la cultura y de la economía para él y para sus hijos».

Dijisteis muchas más cosas, importantes todas ellas, pero quizá nada tan hermoso. Ni tan esperanzador. Ni tan capaz de ilusionar a un pueblo con la incógnita que S. A. todavía era y que S. A. empezaba a desvelar. Lo que con S. M. se nos venía encima, ahora sí que por la gracia de Dios, no era el príncipe ni-fu-ni-fa que pregonaban los que así lo hubieran querido para seguir en el beneficio de los pocos y en el perjuicio de los muchos; lo que nos venía encima, gracias a Dios, era todo un Rey, señor, con todas las aptitudes y actitudes, como ha demostrado y sigue demostrando cada día, para devolver a su pueblo la confianza en el ejercicio de la libertad y en la exigencia de justicia, y para retomar en su raíz, la verdadera misión de la Monarquía y de quien lleva la Corona sobre sus sienes.

Mejor que nadie sabéis, señor, que la Monarquía nació para salvaguardia de los pueblos, del pueblo, frente a las arbitrariedades y abusos de quienes detentaban el poder. Y sabéis que se perdió, señor, que perdió su razón y su fuerza allí donde los mismos reyes se olvidaron de esto y, en lugar de ser pueblo, parte del pueblo, cúspides y valedores de él, se convirtieron —o dejaron que les convirtieran— en una como última instancia de la opresión, más atentos a los guños de los opresores que a los gemidos de los oprimidos; se perdió allí donde dejó de ser popular, del y para el pueblo, y optó por sustentar su poder y asegurar su permanencia en el parco apoyo que podían prestarles aquellos mismos que históricamente habían justificado su aparición.

La Monarquía, señor, lo sabéis y así lo ejemplarizáis para que todo el mundo vuelva a saberlo, o es pueblo y está con el pueblo, o no es nada, ni siquiera un adorno, ni tiene a nadie que la apoye hasta agotarse, si preciso fuera, y vencer en el empeño.

Creemos, señor —lo creemos incluso los que no creíamos en la viabilidad de una salida monárquica a los cuarenta años de excepción que España y los españoles habíamos vivido—, que



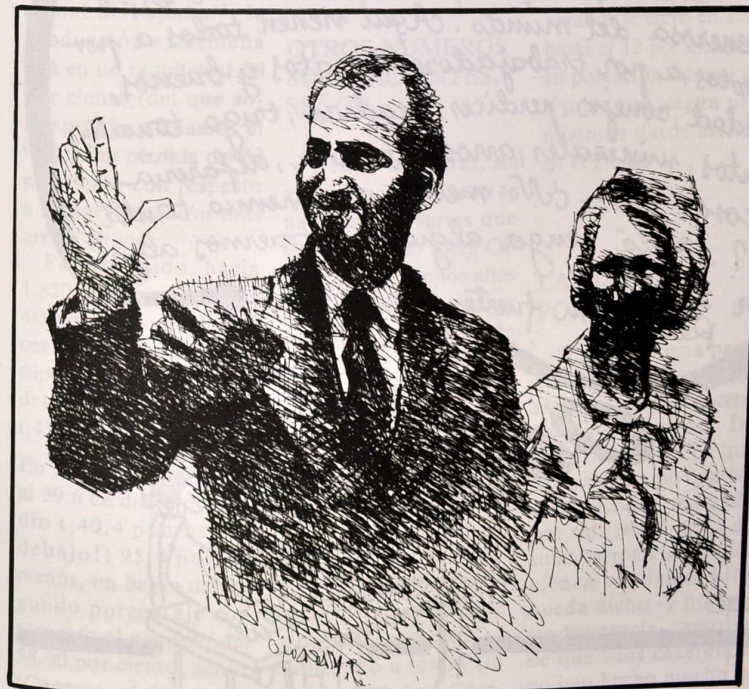
S. M. representa a una Monarquía que lo es todo, que lo está siendo todo, y ello porque S. M. es tan pueblo como su pueblo, símbolo del pueblo para el que reina, la más formidable garan-

tía para sus ansias de libertad y sus exigencias de justicia. Lo creemos, señor, y no estamos dispuestos a consentir que nadie nos arranque tal creencia.

Creemos que sois pueblo, pueblo español. Y pueblo cacereño también. Que sois, señor, cada uno de nuestros doscientos dieciocho pueblos y cada uno de los cuatrocientos mil cacereños que aún esperan, casi contra toda lógica de esperanza, a que haya un futuro que haga justicia a esta parte de España, sobre la que tantos agravios pesan. Que sois cada uno de los cientos de miles de cacereños vendidos al desarraigo de la emigración, poco pan para el cuerpo y mucha hambre para el alma. Que sois, señor, el hombre que suda sobre esta tierra vuestra y nuestra y el que, en la lejanía, la añora; que sois como el anciano que se consume en los meses de esperar el retorno fugaz de los hijos que se le fueron y de los nietos que apenas conoce y sois como el hijo que vuelve, cada año más desesperanzado, al reencuentro con unas raíces que se le secan; como el niño que acaso dentro de nada tendrá que extrañarse y como el joven que no halla tajo...

Sois, señor, como todos y cada uno de nosotros, los cacereños; sois uno, señor, y todos los cacereños, porque lo vuestro, señor, es el pueblo y pueblo somos y pueblo sois.

Sois pueblo cacereño también. Y como tal, también pueblo cacereño, pueblo secularmente agraviado por quienes han detentado el poder, recurrimos a S. M., base y vértice de su pueblo, para que eleve hasta el poder los agravios que estamos sufriendo, que S. M. sufre con nosotros, y nos valga y se valga ante aquéllos que hoy, como ayer, parecen decididos a que no se haga nada de cuanto podría sacarnos de este casi «tercermundismo» a que nos vienen condenando.



MIRAR HACIA ATRAS CON... ¿CON QUE, SEÑOR?

No se trata, señor, de que nos remontemos a los llamados "tiempos de Maricastaña" para tratar de los cuales primaría la imaginación sobre el dato riguroso. Ni de enumerar uno por uno todos los agravios que a lo largo de los siglos han venido sufriendo Cáceres y los cacereños. Agravios a manos de unos o de otros y no siempre o casi nunca con impremeditación, ni sin enseñanza, ni sin alvosía y todas esas otras agravantes que contempla la dialéctica penal. Y siempre o casi siempre,

además, con esa agravante de máximo agravio que el pueblo pone en su lenguaje coloquial: Con recochineo.

Pero algo hacia atrás sí que debemos irnos, señor, sino para airear agravios que movieron aguas más que pasadas, sí para establecer someramente algunas de las causas de los agravios más recientes.

Algo atrás, señor. A 1.857. Nueve años antes de que Isabel II hubiera de exclamar, más dolorida que iracunda: "Creía tener más raíces en el país".

En 1.857, señor, vivían en Cáceres 302.134 cacereños. En España, 15.454.514 españoles, cacereños incluidos. Significa esto que de cada cien españoles casi dos (1,95) eran cacereños de nacimiento o de residencia. 15,15 personas sobre cada kilómetro cuadrado de tierra cacereña, poquísimos menos de la mitad del promedio nacional, que estaba entonces en 30,62 habitantes por kilómetro cuadrado.

Eso era en 1.857. Cuarenta y tres años después, en 1.900, rey de España Alfonso XIII, su abuelo, señor, la proporción no había variado demasiado ostensiblemente: 362.164 cacereños, 18.617.956 españoles (un 19,86 y un 20,46 por cientos de crecimiento, respectivamente); 1,94 de aquéllos por

cada cien de éstos. En Cáceres, 18,16 cacereños por kilómetro cuadrado cacereño; 36,88 españoles por kilómetro cuadrado español.

Ya en el año 1.930, con el que se inicia una trágica década en la vida de nuestro país, la cual acabará en una honda comoción internacional, los números nacionales empiezan a distanciarse ostensiblemente de los números cacereños. Estos han crecido en los primeros treinta años del siglo, es verdad, pero no tanto ni en análoga proporción a como crecieron aquellos. De los 23.844.796

españoles que en 1.930 viven en España, solamente 449.756 (1,88 de cada cien) lo hacen sobre suelo cacereño. La importancia demográfica de la provincia de Cáceres había decrecido, pues, a lo largo de cuarenta y siete años en un 3,59 por ciento con respecto a si misma.

Grave, señor, pero no tanto como vendría a ser todo entre ese 1.930, que alboró sangriento, y 1.981, al que la presencia de S.M. al frente del Estado español trajo con una justificada carga de esperanzas. Grave, señor, para Cáceres, que

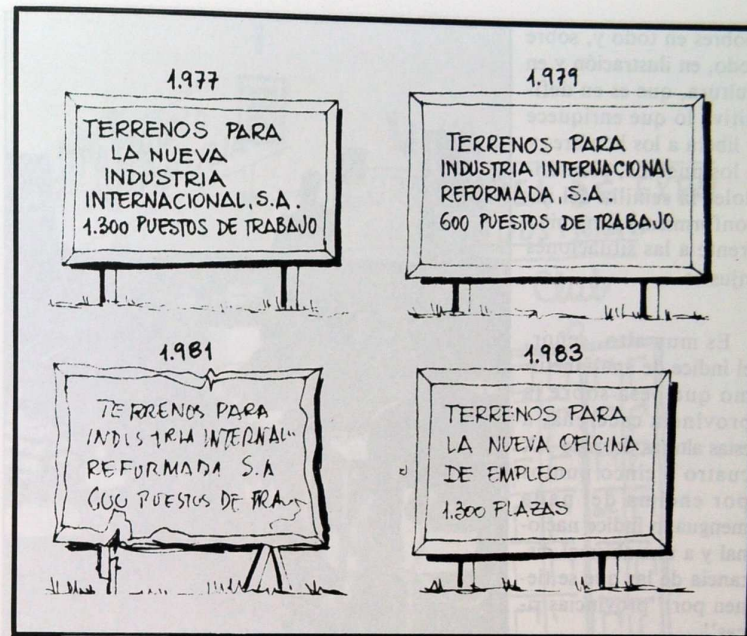
se encontraría con nada más de 414.774 españoles de los 37.746.260 que pueblan España. Es decir y señalar que con menos de los que tuvo en 1.930 y probablemente con menos ya hoy de los que juntó en 1.920; dentro de nada, quizá, con menos de los que censó en 1.857 (pues sólo entre 1.971 y 1.979 Cáceres perdió el 8,37 por ciento de su incidencia en la demografía nacional).

En apenas ciento veinticuatro años, los últimos, Cáceres, señor, cedió su importancia demográfica en un 43,81 por ciento: De 1,95 a

1,09 cacereños por cada cien españoles. Y mientras que el conjunto del país creció en densidad demográfica, que va a más, de los 30,62 habitantes por kilómetro cuadrado, hasta los 74,82 Cáceres, que sigue yendo a menos, ha caído, del máximo de 27,82, que llegó a tener en 1.950, hasta nada más que 20,79, según datos del último censo. Y la densidad española, que allá por 1.857 superaba a la cacereña en un inquietante 102,11 por ciento, en 1.981 ha llegado a superarla en un aterrador 259,88 por ciento.

Vamos a menos, señor. Y a más pobres. Porque, por tantas causas, nuestros productos valen cada vez relativamente menos y nuestros hombres, menos de década en década, tocan relativamente a menos.

En la década de los 50 del pasado siglo, cuando 1,95 de cada cien españoles habitaban suelo cacereño, la producción de Extremadura (Badajoz y Cáceres) llegaba al 4,69 por ciento (4,69 pesetas cada cien). Un siglo después, en 1.950, ya no eran más que 3,51 pesetas. Y en los recientes datos referidos a



1.979 y dados a conocer por esa magnífica publicación del Banco de Bilbao, que es "Renta Nacional de España", la producción extremeña está en un raquítico 1,78 por ciento (del que corresponde a Cáceres el 0,75), con pérdida del 62 por ciento con respecto a la participación más arriba citada.

OTROS NUMEROS MAS RECIENTES, SEÑOR

Y sin ir más atrás, sin excesiva ira, señor, se analizan las series que siguen pesando sobre Cáceres en los últimos años y causa pavor comprobar por ejemplo, que desde 1.975 hasta 1.979, según datos tan insospechables como los del Banco de Bilbao, Cáceres perdió 13,08 de cada cien de los pocos empleos que ofrecía; que su población activa bajó en 22.649 almas y que, en lugar de los 35,98 ocupados de cada cien cacereños, se ha llegado a los 31 (lo cual ha llevado a Cáce-

ciento del promedio de renta nacional, quedaba al 44,51 con respecto a Madrid).
res desde el vigésimo cuarto al séptimo lugar empezando por abajo); que el número de sus parados se elevó en 1.979 hasta el 12 por ciento de su población laboral activa (y que, según últimos datos está ya en el 26,42)

LA MAYOR POBREZA

Que una buena parte de la culpa diríase que es de los propios cacereños, de acuerdo. De acuerdo, señor, en que los cacereños no han hecho mucho o casi nada por salirse del pozo de subdesarrollo al que les vienen condenando (y queda dicho -y no por inadvertencia- tanto lo de que "los cacereños no han hecho mucho o

casi nada" como lo del "pozo de subdesarrollo al que les vienen condenando").

Es cierto, señor, que los cacereños no han hecho mucho o casi nada. Por no hacer, ni siquiera han hecho banderín y toque de rebato de su propio subdesarrollo. Y si uno no creyera en el alma que cada pueblo guarda en su armario, hasta pensaría en un pueblo sin alma. Sin alma parece un pueblo, señor, que aguanta impávidamente un tan triste papel como el que le han repartido -le han repartido, señor- al cacereño.

¿Que cuál ha sido y es este papel...? Sencillamente, señor, el del pobre necesario al rico, según la inconmensurable dialéctica del más deshumanizante capitalismo decimonónico. Papel de

Majestad: Quiero que sepa que Extremadura es la región más generosa del mundo. Aquí vienen todos a por agua, a por votos, a por trabajadores baratos y buenos, a por electricidad, conejos, perdices, madera, trigo, tomates, cocho, pimientos, minerales, arroz, chacina, alfarería y miles de cosas más. No merece un premio tanta generosidad? ¿Jalá venga alguien a traernos algo alguna vez.

Reciba un fuerte abrazo de Jose Maria



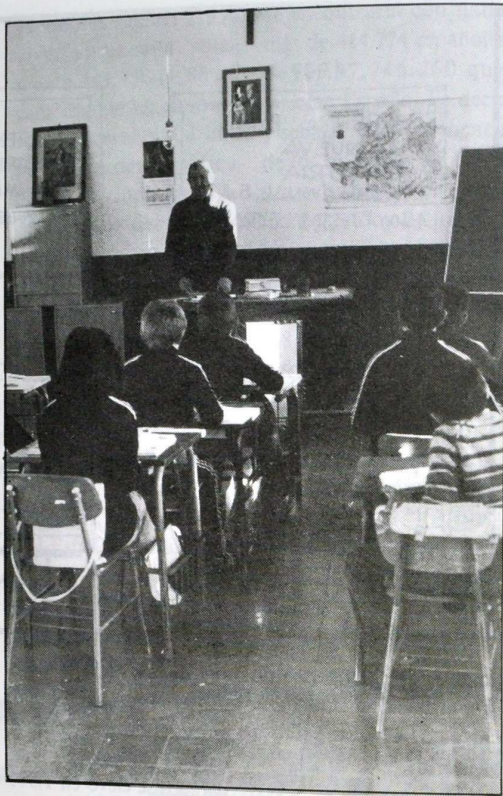
J. Gallagos

pobres en todo y, sobre todo, en ilustración y en cultura, que es en definitiva lo que enriquece y libera a los hombres y a los pueblos, plantándoles la semilla del inconformismo dinámico frente a las situaciones injustas.

Es muy alto, señor, el índice de analfabetismo que pesa sobre la provincia cacereña, a estas alturas del siglo XX cuatro o cinco puntos por encima del nada menguado índice nacional y a una abismal distancia de las que se tienen por "provincias ricas".

Lastimoso, señor, este índice, que se conoce, pero no tanto seguramente como otro índice desconocido, en el que se reflejen los tantos por ciento de personas que, sabiendo leer, no leen ni sienten la necesidad de leer, alfabetizados sin una oferta cultural lo suficientemente atractiva y continuada como para estimular una demanda que no existe.

Un desolador presente que, por desgracia, no lleva camino de corregirse en el futuro inmediato, porque hoy por hoy, señor, se diga lo que se diga, como se diga y por lo que se diga, treinta y tantos de cada cien niños en edad escolar no asisten a la escuela. Esto, señor, no es una opinión, si no un dato. Como es un dato que alrededor de uno de cada dos alumnos cacereños que co-



mienzan la EGB, no la termina, lo cual deja a los que la culminan en un escaso treinta y cinco por ciento del censo; como lo es que nada más que uno de cada cuatro que la comienzan, accede al BUP y que apenas seis de cada diez de los matriculados en BUP alcanzan a titularse en enseñanza media... Cuarenta y nueve pueblos cacereños no disponen de unidades para la preescolarización y en treinta y tres, sin contar núcleos dispersos, no disponen más que de escuelas unitarias.

Aunque no cabe duda de que más alentadores parámetros culturales hubieran determinado a corto y a medio plazo

subsistencia - pobre por lo que no se se le ha hecho y empobrecido por lo que se le ha venido haciendo-, no ha hallado tiempo y fuerzas siquiera marginales para sacar partido a las no muchas oportunidades culturales que se le hayan podido brindar.

En provincia donde casi el cuarenta por ciento de su población laboral activa, que representa menos de la tercera parte de su menguante censo, está en el sector primario, agricultura la española que se viene deshaciendo por falta de una política agraria coherente e inteligente o por los excesos de una impolítica agraria se diría a veces que consciente y motivada por la inconfesable dialéctica de rico -necesita- pobres, cabe la razonable duda, quizá bizantina, de si su pobreza cultural es causa del empobrecimiento material o si éste no se supera y combate por causa de las deficientes estructuras culturales; de si se empobrece al pobre para qué ni cultura tenga ni fuerzas para demandarla, o si no se le dá cultura para que no alcance cómo salirse de la pobreza (Y vale al respecto, aunque no parezca venir a cuento, la respuesta que Bravo Murillo, extremeño al que no creo que Cáceres deba nada ni quizá Extremadura, diera a Cervera cuando le solicitó ayuda para la creación de una escuela para

adultos, que dicen que dijo: "¿Que yo autorice una escuela a la que asistan seiscientos hombres del pueblo? ¡No en mis días! Aquí no necesitamos hombres que piensen, sino bueyes que trabajen". Principio que para su mal puede que haya venido aplicándose sistemáticamente en Cáceres.

Supongamos, señor, que Cáceres no fuera Cáceres. Es decir, que Cáceres fuera de otra manera y que tanto sus niveles de cultura como sus niveles de riqueza pudieran parangonarse con los mejores promedios de otras provincias o regiones.

Con ese Cáceres, distinto, ¿Hubiera sido posible perpetrar el trasvase del Tajo, agravio de los más significativos que se le han hecho en los últimos tiempos...? A un cacereño más culto, más inconforme..., más



rico, habría sido posible amordazarle, como se le amordazó, y se habría conformado después con una ley que se promulgó sin mucha intención de cumplirla, como lo de-

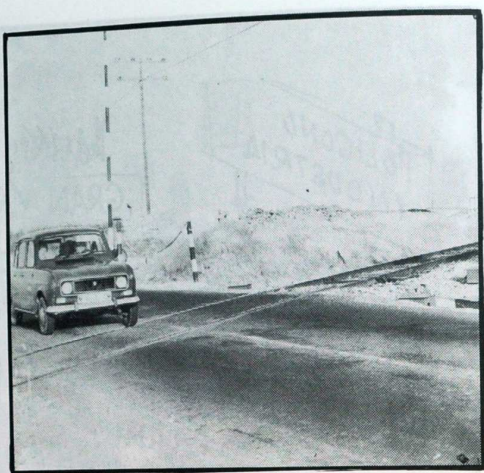
muestra el hecho de que once años después apenas se estén alcanzando las migajas de una acción pública que se hubiera debido hacer aún sin el trasvase...?

¿Y no resulta un lacerante agravio comparativo la diferencia de trato que se ha dado a las comunidades que han de soportar las centrales nucleares de Almaraz y de Lemóniz...? Por de pronto, ¿Por qué Almaraz en Cáceres, provincia cuyas necesidades energéticas actuales y, mucho nos tememos, señor, futuras, podrían suplirse con simples molinos harineros...? ¿Y a cambio de qué...? A una provincia más rica, más exigente..., más culta, ¿Se la contentaría con el gato del canon -y bienvenido sea, que a buen hambre no hay pan duro-, casi mismo tiempo que a otra región, deficitaria en energía, se le dá la liebre del con-



trol efectivo sobre lo que, verdad o mentira o medio verdad y medio mentira, constituye un riesgo potencial y un real riesgo psicológico...?

Parece claro que en eso de rico -necesita-pobres, a Cáceres le toca el papel de pobre. Y tanto si su pobreza proviene de su incultura como si su incultura es la causa de su pobreza, lo cierto es que quienes pueden no han hecho mucho aquí para crear más riquezas ni para promover más cultura.



provincia y sin cuya actuación estarían totalmente incomunicados cinco de cada diez municipios de la provincia.

Carreteras que salpican, señor, así, literalmente, porque una salpicadura son los escasos noventa y seis metros de carretera estatal que jalonan cada kilómetro cuadrado de tierras cacereñas. Sólo noventa y seis metros. Si echamos cuentas sobre los promedios nacionales, al margen de lo que ha hecho, hace y haga la Di-



putación, el Estado español debe a Cáceres más de mil doscientos kilómetros de carreteras,

con los que la explotación de sus riquezas, al menos en lo que a esto se refiere, empezaría a resultar viable y, desde luego, atractiva para quienes, en busca del beneficio que se obtiene del riesgo controlado y aceptable, desvían sus inversiones hacia otros puntos de España con índices menos altos de dificultades.

(Y difícil resulta sustraerse aquí, en este punto, a la tentación de abrir un paréntesis para contar el "chiste" que nos hizo un Gobierno, de los de las postrimerías del régimen anterior, al que se reclamaba, como a tantos anteriores y posteriores, la instalación en Cáceres de una fábrica de cigarrillos. En realidad, señor, lo de la tal fábrica de cigarrillos, que está provincia, la más tabaquera de España -y no más porque no la dejan-, viene reclamando periódicamente, es como el chocolate del loro y quizá por eso resulta tan irritante la contumacia negativa de los sucesivos Gobiernos. Contumacia negativa, pero en ningún caso tan pintoresca y grotesca, tan insultante, como la de aquel Gobierno, que la negó, palabra de más o de menos, por causa de las deficientes vías de comunicación del territorio cacereño).

Sin carreteras, señor. Y también sin vías férreas. O dicho más exactamente, con menos vías férreas, y peores, de lo que nos correspondería para que no pudiéramos sentirnos comparativamente agraviados.

Para que no mantuviéramos el agravio del tren, que la Renfe dice que es de todos, posiblemente excluyendo de tal todo a la parte que es Cáceres, esta provincia debería contar con no menos de setecientos kilómetros de

red ferroviaria, una parte de la cual habría de estar electrificada. Setecientos kilómetros de vías férreas no son muchos si se comparan con los que tienen las provincias ricas y enriquecidas, pero es posible que dieran para que el tren y sus ventajas llegaran a poblaciones cacereñas de la importancia de Coria, Jaraíz de la Vera, Trujillo, Miajadas, Moraña... que no, que no tienen tren, aunque de alguna forma, como españoles que son sus habitantes, contribuyan a pagarlo.

La provincia de Cáceres, también en cuanto a red ferroviaria, está a la mitad de lo que debería estar. Esto según los promedios nacionales, pero a una abismal dis-

tancia de las "provincias ricas y enriquecidas", de las que habría que decir que son provincias-ricas que necesitan provincias-pobres, versión más alienante todavía, aunque más moderna, del ya superado -superado en casi todo el mundo, excepto en España- capitalismo decimonónico.

Menos de trescientos cincuenta kilómetros de raíles, diecisiete metros por kilómetro cuadrado, señor, no alcanzan más que para que una escasa veintena de pueblos extremeños, uno de cada diez, pueda, es un decir, considerar al tren como suyo.

Tren que en la provincia de Cáceres, señor, "pita más que anda", y ya es algo, a lo cual no llega la proyectada vía



entre Villanueva de la Serena y Talavera de la Reina, que afecta a una zona importante de la provincia y por la cual no hay tren que pite ni que ande, a pesar de que su infraestructura, comenzada en los tiempos de Miguel Primo, está casi concluida.

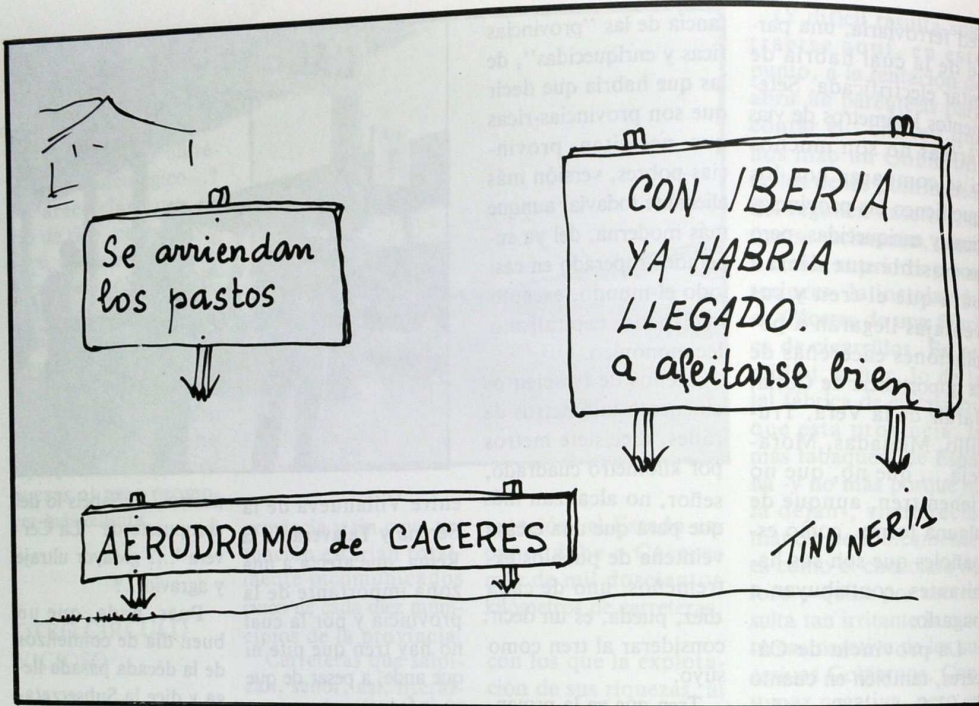
Pero, ¿y lo del aero-

puerto...? ¿Sabéis lo del aeropuerto de "La Cervera"...? ¿Mayor ultraje y agravio...?

Pues, nada, que un buen día de comienzos de la década pasada llega y dice la Subsecretaría de Aviación Civil que va a hacer un aeropuerto en Cáceres, aquí, a pocos kilómetros de la capital. ¡Júbilo en Cáceres, señor, donde todo aquello, quizá no demasiado para tanto como se nos debe, parecía como un regalo del cielo...! Un aeropuerto, pensaron los cacereños, compensaría a la provincia en cierto modo de muchas otras deficiencias padecidas en el campo de las vías de comunicación.

¿Trescientas hectáreas...? ¿Sería por hectáreas en provincia de veinte mil kilómetros cuadrados...? ¿Y para qué estaba la Diputación, si no es para pagar cada cosa que el Estado español quiera conceder gra-





ciosamente a Cáceres, tanto si se trata de una Facultad universitaria, una cárcel o una residencia de pensionistas... o un aeropuerto, como en aquel caso? Trescientas hectáreas que paga la Diputación cacereña - no me hagáis decir a quiénes, señor - y deprimosa, porque todo un Consejo de ministros decretó, por el 3.071/73, nueve años están al caer, que aquello, a efectos de expropiación, era de utilidad pública y urgente. Y pagó la redacción de los proyectos, quizá no a quien debiera, y pagó las obras de explanación y pagó los abastecimientos de agua y electricidad... Y no compró los aviones quizá porque no hubo nadie interesado

en la operación, que si no...
 ¡Dinero tirado a la calle! Dinero cacereño, señor. E ilusiones cacereñas, que ya estaban poniendo los productos perecederos de la tierra en el último confín del universo y soñaban con el tráfico de empresarios que el tal aeropuerto acarrearía. El Estado español, a través de uno o más Gobiernos, se volvió atrás y dijo que no, que gracias, que eramos muy buenos muchachos y que la Diputación era una maravilla, pero que nos olvidáramos del aeropuerto y de los dineros cacereños echados en él. Y en nada sigue, señor, a pesar de que Cáceres, que no lo pidió, pero lo

aceptó, se toma su rabietta de vez en cuando y hace comunicados y eleva mociones...

(Claro que más rabietas de las que a la capital de la provincia ha provocado y provoca lo que iba a ser el parador de turismo, el que se iba a instalar en el Palacio de Moctezuma... ¡Lo que gastaría el Ayuntamiento de Cáceres por cuenta de aquel "firme proposito" del entonces Ministerio de Información y Turismo...! Ahí es nada: contar con un albergue de primerísima calidad, y nada menos que en el palacio de los descendientes de Tecuixpo, la hija del emperador Moctezuma. Eso, a cualquier extremeño, que

se consuela de sus desgracias presentes soñando con glorias pasadas e imaginando que en América, la española, no se vive más que pensando en Extremadura - y que ignora entre otras cosas los frescos de los muralistas mejicanos -, era como revolver la historia, pero ahora con provecho.

Lo del parador de turismo se quedó, al fin, en lo que el Ayuntamiento de Cáceres gastó, porque la política de paradores había cambiado. Pero no tanto, señor, como para decir años más tarde que se va a hacer uno en Trujillo, que algún interesado habrá en ello, y ya veremos cuánto les cuesta a los cacereños de Trujillo contar con él al fin...)

jillo, que algún interesado habrá en ello, y ya veremos cuánto les cuesta a los cacereños de Trujillo contar con él al fin...)

LOS 28.000 MILLONES DEL INI

Qué burla también es, señor, lo del INI, que vino, vino al fin de forma vergonzante, a través de una sociedad, para el desarrollo industrial de Extremadura, y cuyos directivos, los de la sociedad, que no los

del INI, pese a la buena voluntad, que se les supone, poco pueden hacer con los menos de mil millones de capital aportado por el Estado en región que para desarrollarse necesitaría de eso multiplicado por mil y más.

La empresa pública, señor, nos agravia, también nos agravia. Porque un INI, que en sólo cinco años ha costado a la provincia de Cáceres cerca de treinta mil millones de pesetas - setenta mil por cada español -, ha acudido a Cáceres tarde, mal y casi nunca, dicho sea esto sin ánimo

de menospreciar e injuriar a la aludida empresa para el pretendido desarrollo de la Extremadura que está por hacer.

El INI, que podría ser la espada que cortara la pescadilla que se muerde la cola - no nos desarrollamos por falta de infraestructura, no se nos crean infraestructuras por falta de desarrollo -, sigue gastando dinero e ignorando olímpicamente a Cáceres, quizá porque Cáceres, inculta y poco exigente y pobre, no ha tenido el talento de crear una empresa lo suficientemente ruinoso como para

que resultara un gran negocio vendérsela al INI.

SOLO UN MILAGRO

No mucho más, señor. El capítulo de agravios que pesa sobre la provincia de Cáceres, es tan largo, que se precisarían muchas páginas para enumerarlos todos y más páginas todavía si bajamos al terreno de la anécdota, del caso a caso, del burla a burla. De cara al siglo XXI, que se nos viene encima,



señor, aquí está Cáceres, vuestro pueblo, en casi sus últimas trincheras y ni siquiera defendiéndose a la desesperada. No se defiende a la desesperada quizá porque ignora o no quiere saber que su situación es peor a como pueda pintarse. Pueblo que no exige porque no es ni culto ni rico; que no es culto ni rico porque no ha exigido; que no se desarrolla porque no tiene infraestructuras suficientes y que no las tiene ni las va a tener porque no se desarrolla; pueblo al que sus ahorros se le van, se los llevan entre unos y otros, porque aquí no encuentra oportunidades, oportunidades que no tiene porque el dinero se le va;

A menos... A menos, señor, que ocurra un milagro. A menos que ocurra el milagro de que este pueblo, al que jamás se le ha oído, alcance audiencia cuando sus agravios sean asumidos por quien está a su base y en su vértice, en su corazón, por su Rey, su valedor, sangre de su sangre.

Sólo ese milagro, señor.

Nada más que, de pueblo a Rey, un abrazo, señor. Y el respeto y el cariño para la Reina y para sus Altezas Reales.

DOMINGO
TOMAS NAVARRO



Lea en el
próximo
número
de

ALCANTARA

COMER,
BEBER...
Y DORMIR
EN CÁCERES

reportaje

preguntar no es indiscreto

A FELIPE CAMISON ASENSIO

Felipe Camisón Asensio, ex-presidente de la Diputación cacereña, ex-responsable provincial de Iryda, político que fue, político que aspira a volver a ser...

Usted llegó a presidente de la Diputación de una provincia que venía siendo constantemente agravada y la dejó, más o menos, tan agravada o más. ¿Es que no quiso o es que no pudo?

Su pregunta, por otra parte clásica de un gran habilidoso del periodismo, no la siente usted; ni compare lo que en ella afirma, porque usted mismo colaboró conmigo, y en muchas ocasiones con indiscutible éxito, para desagrar a nuestra entrañable provincia. Usted, los cacereños y yo sabemos que, a mi salida de la política, la provincia no quedó más agravada. ¿Cómo iba a quedar más agravada, si se había conseguido crear Facultades Uni-

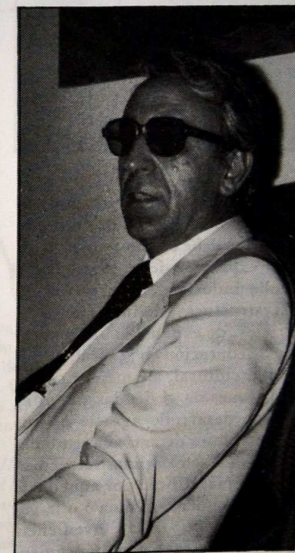
versitarias, una importante expansión en regadíos, nuevas Industrias, mejor y mayor red de carreteras, ser la primera provincia española en Planes Provinciales (no ya sólo en programas, sino en obras hechas, sirviendo a la Comunidad), promover importantes núcleos de viviendas sociales y de edificios públicos, inventar y madurar la percepción del canon de energía, dar un importante paso adelante en la promoción agraria, educacional y de servicios...? Usted no necesita que yo le detalle más, porque conoce las acciones perfectamente. Como conoce también que fruto del esfuerzo de un grupo de cacereños, que trabajamos juntos esos años, fue presionar la palanca lo suficiente como para lograr que pasáramos del último lugar, a otro, cinco puestos más arriba, en el ranking nacional de la renta per cápita, dando la gran batalla al paro. Y así mismo sabe que en esos años se logró, entre todos, dar un nuevo talante reivindicativo a las instituciones cacereñas, a la hora de plantear nuestras necesidades ante el Gobierno, e incluso ante el mismísimo Rey.

¿No quiso más o no pudo más?

Como le digo, obviamente quise y pude. Desde que nací en esta provincia y me formé, he dedicado todo mi esfuerzo y cariño a nuestra tierra, queriendo hacer todo lo que he podido. Y por supuesto, tengo la conciencia muy tranquila.

¿Dónde pudieron estar, en esto, sus propios fallos?

Respecto a mis fallos, que indudablemente he debido tener, como toda persona humana, deben ser los



demás los que los detecten, si bien, aceptaría agradecido cualquier consejo en este sentido. Este sentimiento es el que me ha llevado siempre a ser tan respetuoso con la crítica objetiva de los medios de comunicación.

¿Y en qué y cómo y dónde siguen fallando los demás?

Pero, ¿es que siguen fallando los demás?

Si en su mano estuviera ahora desagrar a una provincia tan agravada como la cacereña, ¿qué obras acometería y en qué orden?

Un criterio, estimo yo, que debe ser prioritario en provincia tan necesitada como la nuestra: El de «primun vivere deinde philosophare». Se